

¡Un Grito de Libertad!

Los sonidos de la selva aturdían los oídos de Pedro Culuc, la algarabía de los monos arañas con sus desagradables chillidos, semejaban seres burlones para aquel indígena tzotzil; el deslizamiento suave sobre la hojarasca de algunos reptiles, le aguzaban los sentidos y le alertaban al máximo; a lo lejos, creyó percibir las voces y los aullidos de la jauría que, compuesta por matones y perros feroces, tenían 10 horas persiguiéndolo. El sólo pensamiento de caer en sus garras, hizo que el penoso caminar se convirtiera en desesperada carrera; la angustia daba fuerzas a su magro cuerpo que se escurría con rapidez entre el tupido follaje de la selva lacandona, sin importar dejar a su paso jirones de piel y ropa. A su izquierda, alcanzó a percibir algunas voces y las siluetas inconfundibles de los guardias blancos denominados: “Paz, Justicia y Libertad” y que estaban bajo las ordenes del hacendado Gonzalo Garrido Canabal.

Escabulló el cuerpo por las hondonadas y quebradas que, como capricho de la naturaleza, se forman en la geografía Chiapaneca. Sus pies descalzos eran una masa sanguinolenta. A pesar de ello, sus pasos eran firmes, seguros; ya habría tiempo de hacer un recuento de daños... De pronto, sintió un agudo dolor en su costado derecho, los estruendos de las balas de los AK-47, repetían sus lúgubre ecos de muerte en las quebradas, la sangre manaba escandalosamente por su costado y empapaba su vestimenta indígena de múltiples bordados en colores. Por instinto, las aletillas de su nariz se ensancharon ante el olor húmedo del agua turbulenta del río que se encontraba a sus pies... Su cuerpo dibujó una perfecta parábola en el aire al arrojarse a las embravecidas aguas; rabiosos

moscardones de plomo buscaron su enjuto cuerpo; el contacto con las frías aguas y sus desesperación imprimieron fuerzas a sus piernas y brazos , nadó con vigor, alejándose de sus perseguidores...

Su cuerpo lacerado, hambriento, aterido por el frío, sacó fuerzas de la nada y al salir del agua, echó a andar siguiendo la ribera del río. La luz de la luna y el cielo tachonado por miles de estrellas, eran mudos testigos de su andar fatigoso...Su afán de Sobrevivencia le indicaba que el camino elegido era el correcto; de llegar a San Cristóbal de las Casas, en la Diócesis de Tatic Samuel estaría a salvo; este pensamiento lo alentó a seguir su camino...

La persecución dio inicio a las 20:00 horas, una hora después de concluida en La Realidad la reunión de delegados indígenas de las etnias más representativas de Chiapas: delegados Choles , que habitan en las cercanías de Palenque, delegados tzeltzales, colonizadores de la selva lacandona, los delegados tzotziles de la Sierra Alta, próxima a San Cristóbal de las Casas y los delegados Tojolobales de las inmediaciones de Comitán... Eran 3 delegados por cada etnia, juntos sumaban doce.

Los tres delegados tzotziles representaban a 62 comunidades indígenas: Pascasio Gómez nativo de Ocosingo, 18 asentamientos; Juan Padrón de Las Margaritas, 20 y Pedro Culuc; 24 comunidades indígenas...

El silencio de la noche en La Realidad, fue roto por el corte de cartucho de los rifles de asalto de los AK-47 y R-15 que portaban aquel grupo paramilitar. Una voz de tintes metálicos se dejó escuchar a través del magnavoz: "están rodeados, no se muevan... nadie saldrá lastimado si se

entregan: Pascasio Gómez, Juan Padrón, Ramón Flores, José Chalc y Pedro Culuc... el llanto de algunos niños fue la respuesta. Los esbirros comenzaron a entrar en las casas, destrozando e incendiando las humildes chozas para obligar a sus moradores a salir a descubierto, recibirlos con el tableteo de las ametralladoras. Los cuerpos caían destrozados por las balas expansivas de los asesinos; los gritos y ayes de dolor se mezclaban con el acre olor de la sangre mezclado con el de la pólvora de los fusiles. Las imágenes eran dantescas, el infierno se había desatado en ese pedazo de tierra Chiapaneca, algunos indígenas quisieron defenderse pero la superioridad en armas fue manifiesta: todos encontraron la muerte. Los únicos sobrevivientes fueron rematados a machetazos o con el tiro de gracia.

Aprovechando el caos y la confusión, Pedro Culuc se escurrió en la negrura de la noche. No sabía la suerte que habían tenido sus compañeros delegados tzotziles, choles, tzetzales y tojolobales.

En su mente un solo objetivo lo apremiaba: sobrevivir para denunciar los hechos a las autoridades gubernamentales o eclesiásticas; perdió la noción del tiempo hasta que fue herido y pudo escapar milagrosamente en aquel caudaloso río.

Habían transcurrido 3 horas del último encuentro con los perros y matones del cacique. La calma que envolvía al lugar, presagiaba la tempestad que desataría la caza irracional de que era objeto. Pedro Culuc, revisaba su costado derecho: la herida era "limpia", la bala había atravesado su cuerpo sin dañarlo gravemente; la taponó con una argamasa de lodo con hierbas y, con un fuerte vendaje con tiras de su vestimenta, completó su curación. Envolvió sus pies con el resto de tiras de su camisola indígena y

se irguió lentamente mostrando el pequeño pero imbatible continente de este indígena tzotzil.

El albo amanecer lo sorprendió sumido en sus pensamientos: “Tatic, Tatic, tú nos enseñaste el camino de la liberación, tú nos trataste como personas, tú nos hablaste de un Dios bueno que ama a todos los seres por igual... ¿por qué permites que sucedan estas cosas? ¿qué camino nos dejan estos ladinos? ¿acaso las armas como dice el hermano blanco, de ojos verdes y palabras bonitas?... sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de pasos y el ladrido de los perros. El recio pisar de las botas militares sobre aquel suelo mancillado y mil veces regados por la sangre de los indígenas. Aquellos sonidos taladraban sus oídos, sobrecogiendo el ánimo de Pedro Culuc; él, conocía de las atrocidades cometidas por estos asesinos en contra de sus hermanos indígenas; recordó las Masacres de Chenhalló y Acteal y de otros crímenes que se perdieron en la memoria colectiva de estos pueblos, ante la indiferencia de los gobiernos “emanados de la Revolución”. Contuvo la respiración y sólo el desaforado latir de su corazón, amenazaba delatarlo... hombres y perros pasaron de largo; el cuerpo y las ropas limpias de Culuc, habían ayudado a destantear el olfato de los perros.

En 1970, Pedro Culuc conoció a Tatic Samuel. Tenía 14 años y, su curiosidad de niño lo hizo acercarse a la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, no hablaba “castilla”, su lengua era el tzotzil, fue llamado por aquel hombre afable, de lentes gruesos que enmarcaban su rostro amable y en cuyas ropas púrpuras estaban bordadas, con hilo de seda en oro y azul rey los motivos indígenas que desde niño viera en los vestidos de su madre y su abuela; chispearon los negros ojos de niño y una fuerte corriente de simpatía se estableció entre los dos; a partir de ese momento, la vida de

Pedro Culuc estaría ligada a este polémico Obispo que catequizaba a diversos grupos indígenas.

De manera natural, Pedro Culuc se integró al grupo catequista tzotzil, ahí no sólo escuchó el evangelio, sino también, supo de la marginación y de la pobreza extrema a la que los indios eran sometidos. En los siguientes catecismos, conoció parte de la Historia de México que consignó al triunfo de la Revolución Mexicana en 1917, el interés social y cultural por “lo indígena” que, se concretó en un Proyecto profundamente indigenista y nacional, con José Vasconcelos como Ministro de Educación. Los esfuerzos del Gral. Lázaro Cárdenas, quien fundó el Departamento de Asuntos Indígenas que luchaba por la restitución de sus tierras y la educación de los pueblos indios.

Dejó pasar dos horas, y entre el brumoso amanecer de la selva chiapaneca , reanudó su caminar entre hondonadas y quebradas. El lucero de la mañana era aun visible y guiaba los pasos del tzotzil hacia San Cristóbal de las Casas; recordaba que de La Realidad a San Cristóbal se hacían 15 horas a pie... 4 horas lo separaban de su destino.

Fue capturado en las inmediaciones de San Cristóbal, su cuerpo lacerado, lo obligó a acurrucarse entre aquellos matorrales, entre los cuales se quedó profundamente dormido. Un agudo dolor lo trajo a la amarga realidad; ¡ lo habían atrapado !, la bota que se hundió en su estómago, le hizo vomitar. Una sensación de vértigo nubló su cerebro, jalaba aire con desesperación; su cuerpo entumeció de dolor, alguien lo tomó de los cabellos y lo levantó en vilo; las lágrimas brotaron de sus ojos...

Eran cinco, sus rostros torvos y los ojos inyectados de sangre, reflejaban la crueldad y ruindad de su alma; en la cintura, fajadas, pavorosas armas reglamentarias calibre 45 o 9 mm, en sus manos: rifles de asalto AK-47 o R-15, empuñadas firmemente; completando esta visión: ropas verde olivo tipo militar, ¡Dios...Dios! Y aquellas terribles botas que buscaban su cuerpo y su cara. Volvió a derrumbarse. Ahí, caído, las culatas maceraron su lastimada humanidad...entre las brumas de la inconciencia, escuchó aquella voz metálica, desagradable... ¡basta, lo quiero vivo para que confiese!... los golpes cesaron.

Pedro Culuc fue testigo, de la emigración masiva de las comunidades tzeltzales de Ocosingo, Bachajón, Sitalá, Guaquitepec, Chilón, Pantelhó, Yajalón y Simojovel, ante el despojo de sus tierras por los finqueros, en complicidad con los malos gobiernos estatales y federales y la complicidad de las autoridades agrarias. En 1974, (Culuc tenía 18 años) participó en el 1er. Congreso Indígena, celebrado en San Cristóbal de las Casas en Octubre, en el Cuarto Centenario del nacimiento de Fray Bartolomé de las Casas. Tatic Samuel estableció que, éste debía ser un congreso de indígenas para indígenas.

Culuc, convertido en fogoso orador, comenzó su participación delineando los fines del congreso: “queremos... hacer la unión de nuestra fuerza... recobrar nuestra tierra... que se escuche nuestra palabra ... queremos caminar y transitar en la libertad...”

El 1er. Congreso Indígena congregó a dos mil delegados indios que representaban a mil comunidades y a cuatro mil personas. Sesionaron durante 3 días para tratar los problemas más sentidos: tierra, salud, educación y comercio. En diferentes lenguas fueron describiendo la

situación de miseria, injusticia, despojo y violencia a que eran sometidos por los grupos de matones o paramilitares de los Finqueros o Ganaderos; se señalaron nombres, lugares y hechos; hubo coincidencia entre los delegados en que la falta de tierra y trabajo eran las raíces de la miseria, el hambre y la explotación...

La presencia del Gobernador y de algunos hacendados cafetaleros, ganaderos y finqueros, no intimidó a los participantes, sino al contrario; algunas voces coléricas expresaron: "tú Sr. Autoridad, no nos proteges... nos chingas... y los Sres. Finqueros nos rechingan... tú nos cobras impuestos... ellos, no nos pagan lo justo por nuestro trabajo" Culuc recordaba los rostros visiblemente contrariados del Sr. Gobernador y de sus acompañantes. Aquella evocación dibujó una sonrisa en su rostro; habían transcurrido 25 años, fue el comienzo de la lucha por liberación de los pueblos indígenas; los acontecimientos se desencadenaron, las etnias tenían un motivo para vivir, las cadenas de sojuzgamiento empezaban a romperse.

Durante años, Pedro Culuc, convertido en catequista de la Diócesis de San Cristóbal, incorporó a centenares de indígenas de todas las etnias chiapanecas a la conversión católica; dominaba varios dialectos y tenía un profundo conocimiento del Libro Sagrado. La deferencia que le demostraba Tatic Samuel, le había permitido el acceso a la biblioteca del Sr. Obispo. Su capacidad de aprendizaje quedó manifiesta, al leer con avidez los Clásicos Griegos, libros de Tratados Escolásticos donde sobresalían personajes como: Tomás de Aquino, Anselmo de Canterbury, Juan Escoto Aurígena y Guillermo de Ockham entre otros; se sumergió en la Historia de México (desde la Conquista, la Independencia, la Reforma hasta la Revolución

Mexicana) ; la Didáctica Magna de Comenio, las obras de Rousseau y sobre todo la vida y obra de dos grandes educadores mexicanos: José Vasconcelos y Rafael Ramírez, le dieron sentido didáctico a su vida. La biografía de Mahatma Ghandi y su lucha pacifista contra la opresión Inglesa, le impactó fuertemente.

La humedad del suelo y las múltiples heridas que contenía su cuerpo, expresaban a gritos las torturas a que había sido sometido. El ojo derecho estaba tumefacto, completamente cerrado, un hilillo de sangre, escurría desde la ceja izquierda y surcaba su rostro hasta la barbilla, donde gota a gota empapaba su torso desnudo; la herida de bala en su costado derecho, mostraba unos bordes de sospechoso color violáceo; las llagadas plantas de los pies, supuraban debido a la pus de la infección; sus brazos y piernas se encontraban fuertemente atados con cuerdas de cáñamo; su inmovilidad era absoluta.

La puerta de aquella choza se abrió, dejando pasar a sus captores, una voz ruda le espetó: “ de ésta no te salva ni la Comisión Internacional de los Derechos Humanos ”... y prorrumpió en groseras carcajadas... entre risas y golpes fue sentado en una desvencijada silla de palma, le vendaron los ojos con un mugroso paliacate rojo; enseguida, comenzó el interrogatorio : “¿ dónde están las armas ? ¿Dónde están las bases zapatistas rebeldes? ¡Confiesa, agitador, hijo de tu pinche madre!... las preguntas iban acompañados de fuertes golpes al costado derecho; la herida empezó a sangrar... la insensibilidad que invadía su cuerpo, le impedía sentir el dolor. La sonrisa en los labios de Culuc, exasperaba a los esbirros que, con crueldad dejaban caer puños y pies sobre aquel indio tzotzil de increíble resistencia... al que por fin la inconciencia liberaba momentáneamente.

Aquellos hombres armados y cubiertos con pasamontañas, habían reunido a los indígenas de las fincas cafetaleras y ganaderas a las afueras de San Cristóbal de las Casas. Hablaban de liberar a los pueblos indígenas, pero a través de la lucha armada, hasta derrocar al mal gobierno. Los asistentes eran más de 300 choles, tojolobales, tzeltzales, chamulas y tzotziles; quien arengaba a los indígenas era un hombre de elevada estatura. Su voz era enérgica, pero de inflexiones agradables; el pasamontañas de su rostro dejaba ver dos ojos verdes que, fulguraban cuando hacía mención de la marginación, miseria y pobreza en que “viven mis hermanos indígenas”. En ese momento las miradas del guerrillero y de Pedro Culuc se encontraron; Pedro sostuvo con firmeza la mirada. Los ojos del guerrillero se tornaron cálidos al dirigirse a él : “ Pedro Culuc, ambos buscamos lo mismo, aunque por diferentes medios, cuando desees incorporarte a nosotros serás bienvenido... ¡ saludos a Tatic Samuel !.. Dicho lo anterior, montó una noble mula de gran alzada y se retiró con sus hombres, desapareciendo en la espesura de la selva. Fue su primer encuentro con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y su enigmático dirigente; sonrió al recordar que lo había comparado con un moderno Quetzalcóatl que, venía a compartir sus vastos conocimientos a los pueblos indígenas.

“No traicionaré a mis compañeros de lucha, prefiero morir”, con esta convicción que llenaba los pensamientos de Pedro Culuc, en los momentos de tortura. Conocía a la perfección, la ubicación de las bases rebeldes del Ejército Zapatista de liberación Nacional; largas platicas con el hermano blanco de ojos verdes lo identificaron con su forma de lucha: La importancia de Pedro Culuc para el EZLN, estribaba en su capacidad de organización para formar las células guerrilleras: Culuc utilizaba a los grupos de catequistas que se desplazaban por las regiones chiapanecas; lo mismo en

Simojovel que Acteal, Chenhalló y Amador Hernández que La Realidad , lo mismo en Ocosingo, Las Margaritas, Bachajón que Sitalá...

Un nuevo personaje se incorporó al grupo de torturadores: era Gonzalo Garrido Canabal, sus rasgos físicos, dejaban entrever un mestizaje que, quizás era el motor psicológico de persecución y odio contra los indígenas; de estatura regular, piel clara; sus ojos oblicuos denunciaban la herencia indígena de su madre tzeltzal que sirvió a los Garrido Canabal. Su cercanía y parentesco con el grupo gobernante y el rumor de sus nexos con el narcotráfico; además de sus motivaciones psicológicas, lo hacían un enemigo temible. Observó al preso con curiosidad y repugnancia: “ésto, es el peligroso agitador tzotzil , Pedro Culuc que tantos problemas nos ha causado...” el tono despectivo del hacendado dejaba entrever la animosidad y el rencor que sentía por aquel hombre, cuya limpieza y calidad moral, lo había rebasado ante los ojos de su propia gente. Culuc organizó a los trabajadores indígenas, en acciones de resistencia civil: paro de labores, abstenerse de comprar en los comercios de las fincas, resistir los castigos sin proferir quejas y esbozando una sonrisa; esto último era lo que más exasperaba a Garrido Canabal. El ejemplo cundía peligrosamente: las demás fincas enfrentaban los mismos problemas; las cosechas se perdían, el ganado se descuidaba... era una lucha pacífica, los grupos indígenas se desplazaban a las montañas e iban engrosando las filas rebeldes...

La presencia de Danielle Miterrand, señora blanca de pelo rubio, de ojos azules llenos de amor y bondad, de sonrisa cálida; impactaron a Culuc. Era esposa de un ex-presidente Francés y presidía una delegación enviada por la Comunidad Europea que se había interesado por los problemas indígenas y repudiaba la masacre de 45 indígenas en Acteal, Chiapas. Los

ojos del mundo se posaron en tierras chiapanecas. La presencia de la ex – primera dama de Francia y la visita de personalidades como el Premio Nobel de Literatura José Saramágo, el Cineasta Oliver Stone y otras personalidades, mostraban la pertinencia de la lucha por la liberación de los pueblos indígenas.

Culuc, había integrado el Comité de Recepción de estas personalidades. Estos pensamientos llenaban su mente mientras era torturado. Ni estos esbirros, ni nadie podrá detener el avance de los pueblos indígenas hacia la libertad.

Ante la sensación de encontrarse al borde de la muerte, sólo le sostenía la certeza de que su sacrificio y el de sus hermanos indígenas masacrados en La Realidad, no serían en vano; sus muertes levantarían un muro de protestas nacionales e internacionales. Ya no estamos solos pensaba. Los ojos del mundo están atentos a nuestros problemas. La voz áspera de uno de los matones, lo saco de sus cavilaciones, en su mano derecha blandía una escuadra 9 mm., cortó cartucho y se la colocó en la cabeza. La voz serena del indio tzotzil se dejó escuchar: “ándale, mátame, lo único que lograrás será liberarme, puedo enfrentar a la muerte con orgullo y dignidad.” la figura de Culuc, se agigantaba, llenaba el espacio de la humilde choza. El hacendado comprendió que, jamás podría vencerlo, dispondría de su cuerpo; pero su alma indómita quedaría incólume... con una seca orden , exigió que lo liberaran.

Tres días después de la masacre en La Realidad, un grupo de indígenas encabezados por Tatic Samuel, se organizó para buscar a los tres delegados tzotziles que salieron de la Diócesis de San Cristóbal de las

Casas el 22 de diciembre de 1999; el 25 de diciembre, fecha del nacimiento de Jesucristo, el grupo arribó a La Realidad; la fetidez de los cadáveres en descomposición hacia la escena más impresionante: los cuerpos estaban mutilados; y sus miembros comidos por los animales de la selva ,incluso, tuvieron que ahuyentar a algunos tigrillos y jabalíes que se disputaban los restos de los cuerpos . Al grupo de indígenas se habían incorporado a petición de Don Samuel, algunos periodistas nacionales y extranjeros y miembros de la Comisión de Derechos Humanos que aterrados daban fe de los muertos encontrados. La indignación los llenó de rabia, los ánimos se caldearon; los indígenas clamaban venganza, los demás, pronunciaron : ¡ JUSTICIA !

Se tomaron fotografías, videos; se documentaron los hechos; los periodistas enviaron por fax las primeras gráficas de la masacre. Las escenas de los cuerpos cruelmente sacrificados, dieron la vuelta al mundo. El revuelo que causó en la sociedad civil este nuevo genocidio provocó indignación y estupor; en todo el país se realizaron marchas, mítines y plantones; fuera del país, comisiones diplomáticas de distintos países solicitaban al Gobierno mexicano: aclaración de los hechos y castigo a los culpables, los Organismos No Gubernamentales pronunciaron un rotundo: **¡ALTO AL GENOCIDIO DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS!**

El Presidente de la República se presentó al lugar de los hechos, giró instrucciones al Procurador General y se comprometió con los familiares de los deudos a que, los criminales serían juzgados por los tribunales federales. Que estos hechos no quedarían impunes, que la matanza de estos indígenas lastimaban a toda la sociedad... El Congreso de la Unión instruyó a Diputados y Senadores para crear una Comisión de la Verdad compuesta

por dos diputados y senadores de todos los partidos políticos; sus integrantes investigaron los hechos, documentaron: 52 muertos: 20 hombres, 17 mujeres y 15 niños; sobrevivieron 7 delegados: 2 choles, 1 tzeltzal, 2 tojolobales y 2 tzotziles (incluido Pedro Culuc).

Un llamado anónimo, recibido a las 18:00 horas en la Diócesis de San Cristóbal de ese aciago 25 de diciembre, movilizó a un grupo de catequistas a la búsqueda del Padre Culuc. La anónima voz describió el lugar exacto donde se localizaba el inquebrantable indio tzotzil. Fue encontrado en deplorables condiciones: ardiendo en fiebre y murmurando frases que hicieron enmudecer a aquel grupo de catequistas: “Tatic Samuel, la liberación de mis hermanos está cerca... por favor, dame fuerzas mi Dios, no me abandones ahora que, tu venida es la señal de Paz y Concordia entre los hombres, con el nacimiento de tu Hijo... Tatic...Tatic, ¿dónde estás Padre Mío? tuya es mi vida, tuyos mis pensamientos... salva a mis hermanos, no los desampares...” con los ojos humedecidos e infinita ternura, levantaron aquel maltrecho cuerpo y lo depositaron en la camilla, su acalentrado cuerpo se convulsionó mientras murmuraba: “Gracias Padre mío... gracias” y su rostro se iluminó con una sonrisa; una suave inconsciencia lo envolvió.

Su llegada al Hospital General de San Cristóbal, causó gran conmoción; gente de todos los estratos sociales se hicieron presentes, para conocer su estado de salud. Fueron informados que estaba siendo intervenido quirúrgicamente; dentro de su gravedad, su condición era estable... ahí permanecieron expectantes en espera de su total recuperación; todos elevaron sus plegarias y oraciones pidiendo por su salvación. El cariño tan especial que le profesaban, se debía a que todos conocían la trayectoria de aquel indígena tzotzil que, a la vera de Don

Samuel y bajo su tutela, se había convertido en catequista, acólito, seminarista, diácono y un luminoso día de diciembre de 1990 fue ordenado Sacerdote por Tatic Samuel en el Obispado de San Cristóbal.

El Padre Culuc, como así se le llamaba; era estimado y muy querido por su don de gentes y por ser un defensor y protector de sus hermanos indígenas. El Padre Culuc se recuperó rápidamente, su deseo de acompañar a su última morada a sus hermanos inmolados; obró el milagro.

El entierro de las víctimas fue impresionante, de todas las regiones de Chiapas acudieron grupos indígenas: choles, tojolobales, tzotziles, mames, chamulas, tzoltziles, lacandones, formaban aquella multitud silenciosa, de rostros graves, taciturnos. Por todos los caminos que confluían a San Cristóbal de las Casas, acudía ese río de gentes para despedir a sus hermanos indígenas, a pie por hondonadas, cañadas y quebradas, en camiones de redilas, a lomo de mula; en fin, por cualquier medio se desplazaron hacia el lugar del sepelio... la misa de Réquiem fue oficiada por los Obispos de las Diócesis de Tapachula, de Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas...

El Padre Culuc leyó un Salmo responsorial por el eterno descanso de las almas de las víctimas de la masacre; el silencio era impresionante...la voz clara, diáfana, del sacerdote, se elevó entre la multitud; se dirigió en distintas lenguas para expresar:

“El Señor es nuestro Juez Justo. Gobernará nuestra Tierra con rectitud y juzgará a los pueblos con honradez....el oprimido encuentra refugio en el Señor; Él es su fortaleza cuando lo rodea la angustia; Él pide

cuentas por la sangre derramada y recuerda a los Oprimidos: Él no los olvidará...!

Después de una pausa, el Padre Culuc arengó a la multitud: ¡tampoco nosotros los olvidaremos! ¡no descansaremos hasta que se aplique la ley a los asesinos y se haga justicia! ¡Elevemos las voces, no más humillaciones, no más vejaciones! ¡Alto al atropello de nuestros derechos humanos! la voz del Sacerdote indígena adquirió matices de extraordinaria sonoridad que inundó los espacios físicos y humanos y retumbó entre las cañadas, hondonadas y quebradas de aquel pedazo de tierra chiapaneca; convirtiéndose en **¡Un grito de Libertad!**

Culiacán Rosales, Sinaloa. Invierno de 1999.